

Poemas de Pierre Reverdy

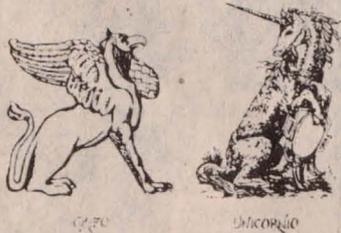
Versión de
ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

LA HUIDA DEL TIEMPO

Sobre los mismos colores el día fluye y se apaga
La flecha de oro puro le atraviesa
Sobre el árbol tierno y el rayo amargo
Que se derrite en el bosque espeso
En la mañana el tono es más gris
En el arroyo de fuego la hoja se cae
Después el tiempo corre hasta la noche
El humor del hombre está en apuro
Del golpeteo del suelo al desplegamiento del ala
La huida para coger la ola al trote en el aire
Hasta en el borde del talúd
Contra el agua que ondula
La hierba que sigue su curso
Y la hora domesticada que sale del péndulo

LA LLAVE DEL VIDRIO

Agujeros del muro, agujeros de la chimenea y de mi pipa. En el rincón dos bastones en X se baten. ¿Quién los tomará? No hay nadie en la mesa, nadie en el lecho y los sillones están vacíos. Alguien quiere salir. Pero no soy yo quien ha soplado la lámpara ni son mis pasos los que descenden la escalera. ¡Es posible que también haya un muerto en la casa!



LA SOMBRA Y LA IMAGEN

Si yo he reído no es del mundo ruidoso y alegre que pasaba junto a mí. Las cabezas inclinadas o derechas me aterrorizaban y mi risa se había cambiado en forma de mueca. Las piernas que corren tiemblan y los pies más pesados fallan al peso. No me he reído del mundo que pasaba ante mí pero por qué estaba solo más tarde en los campos ante el bosque enorme y tranquilo y bajo las voces que en el aire adormecido se contestaban.



EN LOS RAILES

El viento regresa más tarde del camino reconocido
Las manos cuelgan al borde del libro

Cabeza desnuda
el hombre atraviesa la hora
el relámpago
el campo perdido
Sobre la punta donde el cielo se fija
La estrella y su piñón

Cuando los surcos de colores detienen el horizonte
Una rueda se desvía
el agua se despierta sudando

Una ventana desliza una mirada imprevista
Entre el rincón del muro y la flecha del árbol

y los ribazos chorrean
Una sombra se mueve

ESTRELLA ENTRE NUBES

Rocas de Puy llaman a los chocolates a modo de piedra que envuelve a la avellana y, al morderlas, encuentro que el gusto y la boca acompañan por igual cuando descubres que existe Estella y es tan hermosa. Albergue de caminantes, posada hacia Santiago, lugar de calle larga, de río, y de altas iglesias con bellísimas y espléndidas escalinatas. Los pescadores congelan las historiografías de tanto capital, del orden de los tímpanos y la muy nutrida congregación de arquitecturas, los bustos de los castos varones o los guerreros, del techado o pórtico o los caballos entrelazados que a Roncesvalles llevan y son mítico aldabonazo a la pasada historia. Y, sin embargo, acá llegarán los francos a habitar el trazado como los hebreros a su aljama; cristianos al poyo aguardando la señal última para entrar o traspasar los enca-

RUTAS JACOBEAS

por Carlos de la Rica

jes románicos de las portadas. ¡Qué deliciosamente provinciano se nota uno en la plaza, pasando arcos, vista dando al escaparate o al caramelo de café con leche de la confitería!

Hasta me sorprende una palabra que signa el paseo y llamen callijo y se ordenan los musgos logrando entronizarse al muro ancestral y viejo que data los pasados siglos y siguen habitando los sucesores como quien se pasa el objeto, precioso y sigue usando el mismo vaso al beber los vinos. Estella, tal vez, haga referencia a la otra estrella compostelana, pero la ciudad es estrella por su brillo propio, por sus piedras, sus pergaminos, privilegios, los santos huesos y reli-

quias como poniendo primer punto apostólico entre dos ciudades. La armonía de las alas del claustro de San Pedro de la Rúa están así abrazadas a los fustes enredados que un capricho o símbolo archiva para la vista y la ensoñación. Y el Ega es, más que tránsito, lugar para el encuentro en sus dos orillas, cuidadoso signo que vincula las épocas y les da sentido.

Cada esquina de Estella vuelve a convocar a la historia. Lástima que uno sea solamente transeúnte y no se aposente en sus portales. El núcleo del caserío condiciona cada teja porque el juego de sus perfiles es un espectáculo de grandeza. Lamento

que nuestros tiempos se empeñen en el remodelado y comentan cimen de lesa arquitectura contra el urbanismo tan maravilloso que se va armonizando en una escalada desde lo primitivo a los recuerdos de las guerras carlistas. Sueño, a los judíos y a los francos, a los navarros cristianos, los barrios de los tres burgos bautizados con nombre santo: Pedro, Miguel, Juan. La indagación la trasmiten al oído los entendedidos de la ciudad. Pero me gustaría hacer posada más larga pues adivino la maravillosa saga, la causa poderosa de leyendas, de historias menores que cada familia posee en el fondo de sus arcones.

Pero me priva San Miguel, su pórtico donde la riqueza escultural es tan perfecta como la que más del mejor románico. Diría que es una orquesta con el sonido intacto recién casi estrenado, la melodía conjuntada de los relieves, la estatuaria, el tímpano

magnífico, la coral sonando en las arquivoltas, encaje increíble que bordaran las manos ciento de un maestro y su taller inigualable, cuidadosamente ocupado en los detalles del pomario, en el ala del ángel, en el poemario que quizá sostenga el Apóstol y que es psalterio, cuadernario o fimbria. El extraño arbolario o bosque que rodea y es hoja o frigo, animal o vegetal, mansedumbre o movilidad, arco y capital, el bellissimo Patocrator majestad al que bordean los símbolos evangelistas, frisos, maderas y hierros de este grandioso pórtico de San Miguel que me transporta al gran universo, al cosmos apocalíptico del nuevo cielo y la tierra nueva...

Al salir de Estella me voy convencido de que todavía me queda por rumiar el increíble mundo que tras cada piedra resurge y lo regusto al paladar con esas rocas de Puy con que las endulcé al principio.